

cado, y principalmente si está bien repartido; la suavidad, y armonía de la voz, el resplandor, la delicadeza del trabajo (bien sea efecto del arte, ó de la naturaleza), la variedad, la novedad de las cosas, y otras muchas configuraciones, y qualidades, que se hallan en los entes corpóreos, que caen baxo la esfera, y jurisdiccion de los sentidos de la vista, y oído: todas estas cosas unidas, y combinadas, dan motivo mas, ó menos poderoso para que atribuyamos la belleza, y llamemos bellos á muchos objetos. De este modo, todo aquello que en sí tiene grandeza, novedad, delicadeza, y manifiesta energía, agudeza, y claridad de ingenio en algun otro sugeto, y que nos lisongeamos de tener parte en algo de ello, y aquello que nos hace ver en las producciones intelectuales de alguno brillantez, donosura, magisterio, con otras semejantes qualidades; todo esto, digo, podrá merecerles el título de bello. Lo que no puede dudarse es, que en la belleza ha de haber orden, pues en el orden consiste; y quanto mas orden se halle en las cosas, tanto serán mas bellas. Todo lo que es bello puede causarnos alguna delectacion; porque ó se nos representa como bien, ó por lo menos trae algun sobrescrito de bondad; esto es, tiene algun precio, y estimacion, ó en la linea natural, ó en la moral; y por esta razon, llamamos bello á lo verdadero, y á lo bueno; pues si lo que es bello nos causa gusto, y deleyte, conocemos que al punto nace en nosotros un cierto impulso, y movimiento ácia tales objetos, que no es otra cosa que un apetito, ó de desearlos, ó de poseerlos, el qual es mas, ó menos impetuoso, á medida de la esperanza, y facilidad de lograr su posesion. Al contrario, aborrecemos naturalmente todo aquello que se nos presenta con la librea de la fealdad; porque esta consiste en algun desorden, y este desorden lo consideramos como un mal, ó como una falta del bien; y si con todo esto alguna vez elegimos, y amamos cosas deformes, y feas, no es ciertamente porque nuestro apetito las busque,

que, y deseé como tales, sino porque en ellas encuentra alguna qualidad, ó algun principio de donde pueda esperar algun bien, y causar en nosotros alguna felicidad, deleyte, ó placer: y esto baste por ahora sobre esta materia.

## CAPITULO XVII.

*Del apetito de la propia estimacion, y alabanza.*

## §. I.

NO se puede dudar ser el hombre una admirable hechura de las manos de Dios; pero tan adornada de preciosas qualidades, que al punto se dexa conocer por la criatura mas noble, y privilegiada de quantas se ven sobre la tierra. No hay necesidad de preguntar, ó inquirir si el hombre mismo cree, y está persuadido de esta verdad. No hay hombre alguno que no tenga dentro de sí un eloqüente maestro, que le está enseñando esto mismo. Sea ignorante, ó docto, sea de tardo, ó delicado ingenio, cada uno se estima en mucho, y se persuade que no debe ceder en mérito, talento, é ingenio á ningun otro. De aquí nace que *entre todos los oficios es el mas facil el de aconsejar á otros*; porque la enfermedad de creerse cada uno gran cabeza, es entre los hombres muy contagiosa; bien que nos diga Meser Francisco Petrarca, y antes nos lo dixo el Espíritu Santo, que el número de los necios es infinito. Hablando aquí del hombre, todos saben, que intento comprehender tambien á las mugeres: ni debe preguntarse si estas tienen estimacion de sí mismas; porque sería lo mismo que preguntar si el fuego produce frio, ó calor: ni tampoco digo solamente que el hombre se estime á sí mismo como hombre; esto es, como superior en su género á las criaturas irracionales, que habitan este globo terraqueo, por-

que el hombre no piensa en esto, y quando piense, no le parece que es un privilegio singular el que es comun á tantos millones de hombres, que habitan en la tierra. La estimacion propia toda la dirige el hombre á su persona misma, en la qual le parece que encuentra tantas preciosidades, y perfecciones, que puede competir, y aun superar á quantos se le pongan delante; por lo que suele decirse con razon: *que no hay asno tan ruin, que no le parezca poder competir con el mejor caballo del Rey.* Todo esto es en nosotros un efecto natural de los continuos impulsos de nuestro amor propio; porque todo lo que se ama mucho, se aprecia, y estima de la misma manera.

## §. II.

**N**O se satisface con esto nuestra alma; porque de una prevencion semejante, nace despues naturalmente un fuerte deseo de que nos estimen otros, que es lo que se llama *apetito de nuestra propia estimacion*, y el desear que estos mismos testifiquen en los casos ocurrentes, y aprueben con palabras, y con hechos el juicio favorable, que hacen de nuestras qualidades, y de nuestras obras, que es lo que se llama *apetito de alabanza*. No hay persona tan insensata, é ignorante, que no sienta en sí por un secreto impulso de la naturaleza estos apetitos de estimacion, y alabanza propia. A todos nos es un manjar dulce el que los otros nos estimen en mucho, persuadiéndonos al mismo tiempo que reconocen en nosotros excelentes dones, y raras prerogativas naturales, como son el ingenio, la memoria, belleza, juicio, vivacidad de espíritu, agudeza de entendimiento, agilidad de miembros, y otros semejantes dones, que ó sacamos del vientre de nuestras madres, ó hemos adquirido con el estudio, y trabajo. Apetecemos igualmente, y aun mucho mas en ciertas ocasiones el que nos tengan por hombres rectos en la justicia, magnánimos, fuertes, esforzados, hombres que

que mantienen su palabra, verdaderos amigos; y para decirlo de una vez por virtuosos. De la misma manera desean muchos con ansia el ser tenidos por doctos, nobles y ricos. Finalmente, no hay música mas agradable, ni armoniosa á nuestros oidos, que el escuchar los villancicos de nuestras alabanzas; y aunque muchas veces hagamos el papel de desdeñosos, con todo, no nos desagradada el oír esta melodía, con tal que la acompañe algún grajejo, aunque sea delante de nosotros mismos. Para certificarnos con mayor claridad, que este apetito no nos viene de otro maestro que de la naturaleza misma, que es la que nos lo enseña, repárese con atencion á los niños, aun en su mas tierna edad. Apenas despuntan, y se dexan ver en ellos aquellos primeros rayos de la razon, y la inteligencia, quando al escuchar sus propias alabanzas se alegran y regocijan, probando gusto, y deleyte al ver incensadas sus acciones, y apreciadas sus personas, y sus cosuelas: de manera, que sus propios padres, que saben bien usar de esta moneda muchas veces, compran con ella el ánimo de sus hijos, enderezándolos, y encaminándolos ácia las acciones virtuosas, inspirando en ellos horror y desprecio á las que son malas, si acaso ellos no son insensatos, ó de una índole perversa, y no tienen un contramaestro, que les dé lecciones en todo distintas, y mas poderosas. *A los caballos freno y espuela: á los muchachos vergüenza y alabanza.*

## §. III.

**A**L apetito de la propia estimacion y alabanza se sigue un poderoso aborrecimiento al desprecio, y vituperio, que hagan otros, ó de nuestras personas, ó de nuestras cosas, con obras, ó con palabras, y nos será tanto mas sensible, quanto nos parezca que somos despreciados, y tenidos en poco injustamente. Los mismos niños (repítolo segunda vez) con todo que son tan inocentes y simples, nos hacen observar que se resienten

á las injurias, y ultrages, juzgando ellos, que si es un bien, y por tanto cosa apetecible, el ser estimados, tambien es un mal, que se debe huir, el ser despreciados, y tenidos en poco; y es tanto mas delicado el hombre en esta parte, quanto mas va creciendo en edad, sin que para aprender esto tenga necesidad de maestro alguno. Es cosa de hecho, que aquello que nosotros llamamos *buen fama, buen concepto, reputacion y estima*, no es un nombre vano, ni un ídolo falso, á quien sin razon veneramos y amamos. Entra esto tambien en el catálogo de los bienes substanciales, y que puede contribuir no poco á nuestra felicidad; esto es, al universal objeto de los deseos humanos, no directamente por sí mismo, sino por sus efectos; porque de esto puede ordinariamente un hombre sacar utilidad, comodidad, conveniencia y placer de otros hombres, quando por sus dones y virtudes lo aprecien como deben; y puede resultarle daño y disgusto, quando sea despreciado por sus vicios y defectos. Así de este modo los diamantes, y las perlas, y otras piedras preciosas, valen poco por sí mismas, despues que el cristal, y otras pastas artificiosas pueden suplir su falta; pero con todo tienen estimacion, porque por un consentimiento comun de los hombres, se pueden conseguir con ellas otros muchos bienes, y comodidades. Quanto, pues, deba apreciarse *este buen nombre, ó buena fama*, nos lo avisa la Sabiduría Divina; y entre los Autores profanos, basta solamente acordarse de aquello que dexó escrito Publio Mimo, quando dixo: *Bene audiri alterum patrimonium est*: el tener buen concepto es un segundo patrimonio. Ni la alabanza nos es tan gustosa por otra parte, sino es por la que tiene de confirmar en nosotros la opinion que tenemos (tal vez con razon, y tal vez sin ella) de poseer prerogativas, y bienes, y de consiguiendo el ser felices, y no ser desgraciados: y por tanto debe considerarse como cosa preciosa esta gloria, con cuyo nombre significamos la estimacion que hace el público de alguna persona,

y

y la alabanza que le tributan, no algunos pocos particulares, sino todo el comun, y qualquiera que conoce á una tal persona por su mérito, y laudable distincion. Algunos, y principalmente el que acaso no llegará jamas á conseguirla, podrán decir que la gloria es un humo, un viento, una sombra vana. La verdad es con todo eso, que el *amor de la gloria*, ó sea la inclinacion de distinguirse de los demas, de elevarse, y de adquirir una estimacion universal, nos es dada por el Sapientísimo Autor de la Naturaleza, que se sirve de esto tambien para incitarnos, y estimularnos á la virtud, para hacernos aprender las artes, y ciencias, y sufrir las fatigas que ocurren en aprenderlas, sin las cuales ninguno llegará á conseguir esta gloria, y para defendernos al mismo tiempo, y apartarnos de la vileza, de la pereza, y desidia, y de las otras operaciones perversas; y aunque á algunos les parezca defectuoso el ardor, y deseo de esta gloria, no se debe con todo hacerlos que pierdan el ánimo, ni desacreditar este deseo, porque produce buenos efectos, y lleva al hombre á las acciones nobles, y generosas. Aun quando le faltase la perfeccion en su principio (lo que yo no concedo), serán no obstante sus conseqüencias útiles, y buenas al público, ni jamas se espere conseguir gloria por medio de acciones viciosas, y malas. Una gloria que se funda solamente sobre riquezas, títulos, dignidades, nacimiento, &c. esta es la que debe llamarse *sombra vana*; pues el menor viento la desvanece, y disipa; pero el procurarse por medio de un justo mérito, esto es, por la virtud, una gloria de por vida, no es otra cosa que plantar un arbol capaz de producir frutos permanentes, y utilísimos para la misma vida, experimentándose que el concepto universal, y ventajoso en que consiste la gloria de un Príncipe, de un General de Armada, de un Literato, de un hombre de bien, y sabio, de un excelente, y raro Artífice, les rinde á proporcion, ó por lo menos debe rendirles, durante su vida, considerables,

bles, y ventajosos placeres dentro, y aun fuera de sus Países.

## §. IV.

**D**E aquí se infiere facilmente, que este apetito de gloria va buscando, y tiene por fin alguno de aquellos bienes que forman la felicidad, que, como hemos dicho, es el blanco, y término de los deseos humanos: infiérese tambien, que es natural en nosotros la aversion á todo vituperio, y á qualquiera obra, ó palabra, que manifieste desprecio ácia nosotros. Por esto sin duda, siendo las injurias de obras, ó de palabras, el medio con que un hombre manifiesta el mal concepto en que justa, ó injustamente tiene á otro hombre, nos resentimos tan fuertemente á estas injurias, prorumpiendo en ira, y en espíritu de venganza, sino es que con la paciencia, y prudencia contengamos, y disipemos la tempestad que amenaza. Será, y es siempre bueno para nosotros el seguir los impulsos de la naturaleza, que es la que produce este apetito de gloria. La naturaleza misma, ó bien el Artífice Supremo, nos lo ha estampado en el corazon, á fin de que nos mueva, y excite á obrar cosas dignas solamente de quien está dotado de razon, y á seguir el camino derecho de la virtud: no hay otro camino en la realidad mas derecho, y seguro para conseguir verdadera alabanza, y permanente gloria. Conviene en esto todos los Pueblos del mundo (no hablo de los bárbaros), en que la comun estimacion está destinada, y se le debe al que obra virtuosamente, y al que nivela su vida por las máximas de los sabios, y principalmente del Santo Evangelio; y al contrario estar reservada la universal abominacion para el que obra mal, y mas quando inconsiderado se abandona á todos los vicios. Conviene aquí distinguir la gloria que puede provenir de las rectas operaciones, y buenas costumbres, de aquella otra, que puede nacer de la literatura, y de las ciencias, y artes. Será acaso algun sugeto famoso por

por su saber, y principalmente por las producciones de su ingenio, con tal que sean estas útiles al público, con tal que su sabiduría sirva para el prudente, y sabio arreglo, y gobierno de la república, ó por lo menos sirva á la honesta delectacion de los demas hombres. Ciertamente que merece alabanza qualquiera que sea, y debe gozar un buen puesto en la estimacion de todos, ó á lo menos de los sabios; y se tendrá por ciego, por ingrato ó envidioso, el que con la estimacion, y aprecio debido no sepa distinguir estos bienhechores de la república, de tantos ociosos, é inútiles como viven, y pasean sobre la tierra. En este catálogo comprehendo yo al Teólogo, ó Maestro en Divinidad (como pomposamente los llamaban nuestros antiguos), al Legista, al Médico, al Cirujano, al Filósofo natural, al Matemático, y á otros que se exercitan en las menores artes, y ciencias: cada uno de estos á proporcion de su sabiduría, de su profesion, y fuerzas, puede merecer alabanzas, y llevar su nombre hasta la posteridad: pero resta preguntar si con tanto saber han aprendido estos, y profesan con las obras de sabiduría verdadera; esto es, el amor, y la práctica de las virtudes morales, y la rectitud en sus acciones, y costumbres. Quando por desgracia les faltase esta prenda, que es la primera, y mas esencial del hombre, no tengan á mal el que los llamen ignorantes. Tanto saber, y no saber vivir como hombre, ¿no merece por ventura el título de una ignorancia crasa, y manifesta? La verdadera alabanza de una criatura racional es aquella que resulta de obrar segun la razon. Los otros estudios pueden servir al hombre de ornamento; pero este le es necesario. Aun diré mas: separada la literatura de la sabiduría, y de la virtud, puede cambiarse en un instrumento de infamia, y de comun vituperio. Porque (y lo digo sin escrúpulo) un Letrado sin el temor de Dios, un Médico, y aun mucho peor, un Teólogo de voluntad corrompida, y perversa, un Conquistador, ó Capitan de Armada, sin ciencia, ni concien-

ciencia, y así á proporcion de los Profesores de otras facultades, pueden con poco llegar á ser la peste del mundo. Serán sugetos muy nombrados, pero mas por su iniquidad, que por sus victorias, y por su saber. Por tanto hace una gran traicion á Dios, y á la República, y aun á sí propio, aquel que dotado de un feliz ingenio, y adornado de ciencias, y facultades, las hace servir solamente para apagar sus concupiscencias, y pasiones.

## §. V.

**P**OR el contrario, el sabio que camina á la perfeccion, no desea, ni espera alabanzas de los hombres por su bien obrar, ni por alguna otra cosa por mas relevante, y grandiosa que haya hecho en favor, y provecho de la República; antes bien huye de todo esto; y si no obstante se siguen, y vienen estas alabanzas, reconoce con un buen corazon, que la gloria que resulta de sus buenas acciones, debe darse á Dios, y no á los hombres. Es tambien sabio, aunque de un grado inferior, el que no busca alabanza de sus buenas obras; pero si esta naturalmente se sigue de ellas, no la desprecia, antes bien se alegra honestamente. Las acciones virtuosas del christiano, hechas con el fin de agradar á los hombres, de estos, y no de Dios deben esperar la recompensa; pero quien desea el premio de la mano de este Señor, debe obrar solamente con el fin de agradarle. Así nos lo enseña la Divina Sabiduría; y conviene estar sobreaviso para que este engañoso, y terreno deseo no robe aquel mérito, que los buenos únicamente quisieran hacer para con Dios. Prescindiendo yo ahora de las máximas del Santo Evangelio, considero aquí la alabanza, y la gloria solamente como un bien temporal, que no es ilícito el desearlo, ni pecado alguno el conseguirlo, con tal que no se desee como único fin, sino como justo premio, y testimonio de la virtud; y así como el honesto apetito de la hacienda, que es otro bien tem-  
po-

poral, no debe ponerse entre los vicios, y puede llegar á ser virtud, y virtud grata al Altísimo por el buen fin que se propone en conseguirla, y por el buen uso que se hace de ella, así podrá convertirse en virtud esta alabanza. Entonces sucederá esto, quando el hombre desee que sean alabadas las bellas obras, con el fin de que otros se enamoren, y deseen hacer otro tanto con utilidad de la República, y con intencion de dexar á la posteridad vivos exemplos de ingenio, y virtud. Como quiera que sea, admitamos solamente por virtud civil entre otras, el hacer cosas virtuosas, ó ingeniosas por deseo, y esperanza de gloria entre los hombres, y sentemos que esta gloria, y alabanza es solamente un bien temporal lícito, sin salir de esta esfera; con todo debēremos confesar, que todos aquellos que hacen cosas laudables, y útiles al público, merecen en la República un buen concepto; y que siendo el crédito, la alabanza, y la estimacion para el que vive un bien no quimérico, antes bien substancial, porque ordinariamente es causa de otros bienes, por tanto, será gran prudencia, y buen consejo el procurar, y desear conseguir este bien en la política sociedad; y pluguiese á Dios que en vez de tantos como hay en ella, que con dinero en mano, para explicarme así, se compran el menosprecio, y vituperio, disipando su propia reputacion, y muchas veces la de sus familias enteras con sus obras viciosas; en vez de estos, decia, abundasen en la República los zelosos amantes de la verdadera gloria, y de las justas alabanzas. Conociendo muy bien quanto interesa el público animando, y excitando al hombre para que siga el recto camino de la virtud con el premio de la alabanza, y la gloria, destinó la prudencia Griega, y Romana en los antiguos siglos á estos virtuosos, diversos triunfos, oraciones, coronas, inscripciones, estatuas, y otros muchos premios. Lo mismo ha hecho, y hace la Santa Iglesia de una manera mas laudable, y segura, repartiendo á los héroes de las virtudes christianas, inmortales, y su-  
bli-

blimes honras; pero solamente despues que han pasado de esta mortal vida; esto es, en aquel tiempo en que este incienso no puede ser tentacion para ellos, y solo excita á que practiquen aquellas virtudes los que despues de ellos viven sobre la tierra.

## CAPÍTULO XVIII.

*Del apetito de la hacienda.*

## §. I.

**F**inalmente, el apetito de la hacienda es poderosísimo, y comun al hombre. Habiéndonos dado á todos la naturaleza un apetito inalterable de la propia conservacion, no podremos conseguir esta, quando nos faltan los medios para conseguirla; esto es, faltaria muy presto la vida á este nuestro individuo, si careciésemos de la comida, y bebida necesaria para sustentarlo, y de vestidos para defendernos del frio, de casas, ú otros reparos para librarnos de las fieras, defendernos de las lluvias, de las granizadas, y otros insultos semejantes, y aun de las insidias de los otros hombres. Por tanto de este primer apetito nace naturalmente el otro de poseer aquellos medios, é instrumentos que necesitamos para defendernos, y conservarnos. Nos ha dado la misma naturaleza aquel poderoso, y universal apetito de nuestra felicidad, que es un deseo que abraza, y contiene en sí otros infinitos, al qual mientras vivamos en la tierra, falta, y faltará siempre alguna cosa, aun despues que tengamos muchísimas, haciéndonos conocer la experiencia, que este apetito jamas dice basta. Y ciertamente no lo dirá hasta que lleguemos á aquel dichoso país de la perfecta Bienaventuranza, que la liberalidad, y clemencia de nuestro Dios nos hace esperar, y promete en su Reyno, donde le amemos, y gocemos por todos los siglos. Este general deseo de ser feliz no sabe contentarse con solo aquello que basta para conservar la

vi-

vida; pues aun los miserables, los enfermos, y los atribulados viven, y se conservan sin que por esto se tengan por felices; por tanto, así como este deseo nos mueve á huir, y evitar todos los males, de la misma manera, y con igual fuerza nos incita á desear la posesion de todos los bienes, y placeres posibles. Son poco para él las medianas alegrías: busca tambien las delicias, y jamas acaba de pedir lo que le parece á nuestro entendimiento capaz de producir en nosotros, ya pocos, ya muchos grados de esta bienaventuranza, y felicidad que apetecemos. Esto supuesto, por pocas luces que tenga un hombre para conocer las cosas del mundo, verá desde luego, que el ser rico, esto es, el poseer mucha hacienda, podria ser un medio eficaz para lograr tambien todos los bienes, y placeres, que puede dar de sí este mundo, aunque miserable; y por tanto va suspirando con ansia continua por la posesion de la hacienda, porque se persuade tener con ella la llave de la felicidad tan deseada.

## §. II.

**D**E tres maneras es la hacienda: la primera nos viene principalmente de la naturaleza misma: la segunda de las artes humanas: la tercera de una determinacion concorde de los hombres mismos. En la primera se comprehenden los campos fértiles, los árboles fructíferos, los ganados, y otros muchos objetos, qualquiera de los quales, mediante la industria del hombre mismo, puede suministrar las cosas necesarias, útiles, ó deleytables; esto es, proveerlos de comida, de bebida, vestidos, medicinas, albergues, y aun delicias. En la segunda entran las manufacturas, y todas las producciones ingeniosas, que son efecto del estudio, y de la fatiga humana, y que sirven al adorno, á las comodidades, y á los gustos de los vivientes. Finalmente, la tercera se constituye por el dinero, ó la moneda, habiéndose acordado los hombres entre sí para dar al oro, y á la plata un valor que

Tom. I.

R

no

no tienen en sí mismos estos metales; pues por su naturaleza no son capaces de hacer feliz nuestra vida. Han querido los hombres de comun acuerdo, que estos metales, como cosas mas durables, y fáciles de conservarse, y llevarse de una parte á otra, valgan lo mismo que las otras dos especies de hacienda; de manera, que el oro es pan, el oro es vestido, y ordinariamente es casi todo aquello que la naturaleza, y el arte pueden dar de sí para el sustento, comodidad, y placeres del hombre. No es necesario mucho trabajo para llegar á entender cuánto pueden contribuir estas tres especies de hacienda, y servir de instrumento, no solamente á la manutencion del hombre, mas tambien para procurarle, y adquirirle gran copia de otros bienes, y placeres. Aprenden brevemente esta leccion aun los tiernos infantes, en cuyo corazón se advierte el deseo de tener, y el estudio de conservar. Esto va siempre aumentándose quanto mas el hombre va entrando con el conocimiento en la escuela del mundo, advirtiendo las necesidades, y discerniendo los varios placeres, y comodidades, ó verdaderos, ó soñados, porque para conseguirlos todos, se imagina que puede ser muy conducente el tener mucha hacienda.

§. III.

**D**Ebemos, pues, figurarnos, que este mundo no es otra cosa que una continua feria, donde una gran parte de los mortales, por no decir todos, estudian, y se quiebran la cabeza para lograr la hacienda, ó para acrecentarla, ó por lo menos para conservar la que ya tienen adquirida. Nos parece que solo el artesano, y mercader son los que buscan con ansia el dinero, y la hacienda; pero esto mismo hacen el Médico, el Legista, el Militar, el Marinero, y otros muchos, que con igual fin aspiran á las dignidades, y empleos mayores. Los caminos que llevan unos, y otros ciertamente no son los mismos; pero por lo comun es el mismo el fin,

y

y el término. A los grandes deseos del interes juntan muchos tambien los de la gloria, y los del mando, y entonces es mas ardiente, y vigoroso este deseo. Pero si los gobiernos, ó los mandos no fructificasen hacienda, no serian tantos los concurrentes á estos empleos. El deseo, y la esperanza de la ganancia dan mayores impulsos al apetito de lograrlos; porque quien tiene hacienda, ordinariamente tiene mando, si quiere. Quan aguda, y penetrante sea la espuela de este apetito, lo vemos cada dia, observando las increíbles, y continuadas fatigas, y desvelos de los hombres, y quanto toleran, y devoran los que desean enriquecerse. No quiero aquí reprobear este apetito, porque procediendo de nuestra naturaleza, no puede ser vicioso en sí mismo; fuera de que tiene un buen pasaporte en las leyes que baxaron del Cielo. Ciertamente no es vicio alguno el procurar tener hacienda, ó el aumentarla; antes bien puede ser esto una virtud civil. Deberia desearse en toda República bien ordenada, que abundase en sus ciudadanos aquella industria que se dirige á aumentar su propia riqueza; porque la opulencia de los particulares viene á ser tambien riqueza del comun: que anduviesen á porfia los amos, y los criados en el amor, y cuidado de cultivar los campos: que muchos se aplicasen á la mercancia: que se cultivasen con emulacion las artes ya introducidas, y se introduxesen otras nuevas, para que hallase sustento, y exercicio el pobre, y juntamente provecho, y adelantamiento el rico, ó el acomodado: que se pusiese freno al luxo, y á otros devoradores de la substancia, y hacienda, tanto del alto, como del baxo pueblo, de donde se originan tantos desconciertos así en los nobles pobres, como en los plebeyos mendicantes. Es señal de una República rica, de juicio, y buen gobierno el serlo tambien de substancia, y hacienda; y dexando aparte otras muchas reflexiones, advertimos solamente la extravagancia de tres especies de personas. Las primeras son aquellas que juzgándose iguales con otras qualesquiera,

R2

ra,

ra, desean con ansia el tener hacienda; pero sin querer dar un paso para adquirirla. Esperan, acaso, que el mismo Júpiter voluntariamente liberal se la meta en su casa, haciéndola caer de las nubes, para que sin trabajo la gocen: araganes, y enemigos de todo trabajo, se entregan al ocio, y al pasatiempo; y si algo trabajan, es solamente lo que basta para pasar aquel día, ó ponen todas sus esperanzas en las rentas de sus tierras, que aun corriendo felizmente, apenas bastan para mantener su familia. Hállanse Pueblos enteros, en que no es corto el número de estos perezosos. La segunda especie es de aquellos, que despreciando la hacienda por un motivo superior, y mas noble, abrazan la pobreza voluntariamente con el fin de hallarse mas desembarazados para lograr aquellos tesoros en que los ladrones no tienen jurisdicción, y que durarán por toda la eternidad; pero despues de este generoso sacrificio, y santo propósito, se dexan llevar insensiblemente del deseo de las riquezas temporales, y no menos que los mismos seglares las buscan, y las guardan con mucha diligencia. La tercera especie de personas (y esta es la mas numerosa, y comun) se reduce á aquellos, que aun quando confiesan que sienten en su corazon un vehemente deseo, una inquietud ansiosa de tener hacienda, hacen, no obstante, todo quanto pueden para desperdiciar, y abandonar aquella que actualmente gozan. Estan muy vigilantes para que no roben su casa los ladrones, y no advierten que hay otros ladrones, á quienes ellos aman entrañablemente, que saquean sus escritorios, y barren sus graneros, llevándose aun los bienes estables, y el patrimonio que les dexaron sus mayores.

#### SEGUIDILLA.

Si recelas te roben,  
si vas al monte,  
advierte que en tu casa  
andan ladrones.

Mi-

Mira el peligro,  
que el ladrón, y el dinero  
está en tí mismo.

¿Faltan por ventura en el mundo modos, y maneras de chupar toda la sangre á las bolsas de los pobres mortales? Antes bien demasiado abundan, unas violentas, y otras dulces, y apetecidas. Por lo que toca á las primeras, acaso no hay modo de huirlas, y mas es desgracia, que culpa el padecerlas. Mas por lo que pertenece á las segundas, hay muchos imprudentes, é incautos, que á ojos vistas se dexan despojar por estos amados ladrones, y asesinos. Tales son de hecho el luxo, la cocina, que humea demasiado, el juego, las hosterías, y tabernas, la luxuria desenfrenada, y otros muchos vicios, que son los que verdaderamente saquean las casas, llevando consigo á ellas, no solamente las miserias de la pobreza, mas tambien otras mas vituperables, y feas. Se reirian mucho si alguno gritase *ladrones, ladrones*, sin considerar que los tiene dentro de casa; pero entonces solamente lo conocen estos quando ya no hay tiempo de remediarlo. Del buen uso, y del abuso de este apetito, volveremos á hablar luego.

#### CAPITULO XIX.

*De la batalla, y de los efectos de los apetitos humanos.*

##### §. I.

POdríamos hablar ahora de otros muchos apetitos del hombre, porque su progenie, y extension es prodigiosamente grande, bien que todos pueden reducirse á aquel primario; esto es, á nuestro amor propio, ó al deseo de nuestra felicidad. Pero despues de haber aquí puesto por su orden los principales, dexaré á cada uno, que por sí mismo reconozca otros muchos menos generales, ó menores en la consideracion, y práctica del mundo presente, el qual, por lo que toca á los apeti-

Tom. I.

R 3

tos